

## AGENDA CIUDADANA

### EL DESAFIO EUROPEO

Lorenzo Meyer

**Un Asunto de Principios.-** Desde su independencia hace más de dos siglos, los Estados Unidos se concibieron a si mismos como un desafío a Europa. En primer lugar por haber nacido como república democrática en un sistema internacional dominado por monarquías absolutas. Luego desafiaron a Europa por vía de la “Doctrina Monroe” y de toda una serie de acciones destinadas a minar las posiciones europeas en el Hemisferio Occidental. Para inicios del siglo XX, Estados Unidos era ya un reto a un sistema internacional eurocéntrico. Desde el final de la I Guerra Mundial, la Paz de Versalles y la Sociedad de Naciones hasta la creación de las Naciones Unidas y la Organización del Tratado del Atlántico Norte, Estados Unidos actuó no sólo como la fuerza militar superior que era sino también como la mayor potencia moral que dijo ser. La implosión del gran rival norteamericano, la Unión Soviética, simplemente reafirmó y resumió todas las ideas anteriores. Sin embargo, hoy y de manera un tanto inesperada y no premeditada, los europeos han lanzado un desafío al liderazgo norteamericano: en materia del desarrollo de la legalidad internacionales.

Por la peculiar vía del *affaire* Pinochet, las instituciones legales europeas han tomando, al menos por ahora, la iniciativa en un tema que, en la práctica y por desde hace tiempo, la clase dirigente de los Estados Unidos supuso que era de su exclusiva competencia: el de sentar los principios de la moralidad internacional. Y los europeos están haciendo ésto de manera natural, sin cohibirse por su propio y terrible pasado ni por sus evidentes contradicciones, sin esfuerzo aparente, casi sin proponérselo y finalmente de manera un tanto deportiva, como bien lo dejó ver el razonamiento del

“quinto Lord” –Lord Hoffman-- que en el tribunal de la Cámara de los Loos del Parlamento Británico, decidió la votación en favor de no reconocer inmunidad alguna al ex dictador chileno Augusto Pinochet, con el simple argumento que, habiendo leído lo expuesto por su “erudito colega”, Lord Nicholls de Berkenhead, a él también le parecía que un dictador no podía pretender escudarse de la justicia sustantiva con meros argumentos de soberanía del Estado.

Alfred Rubin, catedrático de la Escuela Fletcher de Derecho y Diplomacia de Boston, ejemplifica la sorpresa y molestia norteamericanas ante este no previsto desafío europeo. En relación a la petición del juez español Baltazar Garzón para que Inglaterra extradite a Augusto Pinochet a Madrid para responder por los cargos que se le hacen de genocidio, terrorismo y tortura en Chile, el catedrático de la Fletcher se pregunta: “¿Que le impide ahora a España intentar gobernar el mundo?”. ¿Será, -- vuelve a preguntarse molesto--, que en algún momento también se querrá enjuiciar a Henry Kissinger por su innegable participación, como secretario de Estado del presidente Nixón, en el sangriento derrocamiento del gobierno chileno en septiembre de 1973 y que dio el poder a Pinochet? (The New York Times, 26 de noviembre).

La insistencia de un juez español de juzgar a Pinochet pese a su alegada inmunidad, aunada a la negativa de tres Loos ingleses de reconocerle esa inmunidad, sientan un interesante precedente internacional que tiene furiosa a la extrema derecha, entusiasmados a los defensores de los derechos humanos y extrañamente silencioso al *stablishment* norteamericano

**Ironía.**- No deja de ser irónico que un jurista norteamericano –Rubin-- se queje de que en Europa se tenga la arrogancia de pretender “gobernar al mundo”

proponiendo nuevas interpretaciones a viejos conceptos. ¿No ha sido acaso esa arrogancia la marca de la política exterior norteamericana? ¿No fue precisamente por creerse con derecho a imponer sus valores que el gobierno de Richard Nixon diseñó y puso en práctica al inicio de los años setenta una exitosa política de desestabilización económica y política en contra del gobierno socialista chileno de Salvador Allende, justo como antes lo había hecho con Guatemala o Cuba? Esa política nixoniana propició y justificó el descontento interno en Chile y despejó el camino a los militares golpistas en septiembre de 1973. La arrogancia de Washington la resumió bien el propio Kissinger: la destrucción de un gobierno democráticamente electo se justificaba por el “desatino” de esos chilenos que, al votar, habían abierto las puertas del Palacio de la Moneda a un socialista. Ni que decir que la pretensión norteamericana de imponer sus principios e intereses al resto del mundo continúa hasta el día de hoy; ahí están como ejemplos muy cercanos la ley Helms-Burton que obstaculiza la inversión externa en Cuba o la humillante “certificación” anual que deben de pasar los países que, como México, se han convertido en productores y rutas de paso de las drogas demandadas por el mercado norteamericano. Acusar, pues, de arrogancia a quienes hoy mantienen a Pinochet arraigado en Londres es, en el mejor de los casos, querer ver la paja en el ojo ajeno sin percatarse de la viga que se carga en el propio.

**Un País de Excepción.-** Desde el inicio de su vida independiente, la clase dirigente de Estados Unidos se dijo convencida de que su país era una nación excepcional y con una misión de carácter finalmente divino. La doctrina del “Destino Manifiesto” hizo de la expansión de la influencia norteamericana en la antigua América ibérica en el siglo XIX un deber moral y un privilegio (ver al respecto el pequeño y

excelente libro sobre el tema de José Fuentes Mares). El discurso norteamericano cambió de forma con los años pero no de esencia. De hecho, con la guerra fría el “Destino Manifiesto” se expandió al resto del planeta. Para justificar su pretensión de centro de los valores universales, el discurso de la clase política norteamericana tiene temas recurrentes: el sistema político inaugurado hace más de dos siglos en las antiguas colonias inglesas en América es el mejor entre los existentes, los cimientos éticos del país eran y son los más altos posibles, la política exterior no tiene como motivo principal perseguir los objetivos cínicos y egoístas de las potencias del pasado, sino algo muy diferente: los valores que son la razón de ser de la civilización occidental. La prueba definitiva y objetiva de tan positiva autoevaluación, es justamente el éxito histórico: la independencia misma, la rápida expansión territorial de las trece colonias originales, el mantenimiento de la unidad nacional pese a una terrible guerra civil, su industrialización, las grandes victorias a un costo relativamente bajo en las dos guerras mundiales del siglo XX y, finalmente, el triunfo en la guerra fría.

**De la Potencia Innovadora a la Conservadora.**- En los inicios de su carrera de gran potencia mundial a inicios del siglo, Estados Unidos buscó, en el campo de los principios de política internacional, contrastarse abiertamente con Europa. Fue precisamente en México, entre 1913 y 1914, que el presidente Woodrow Wilson buscó hacer de la política externa un asunto de principios. Su antecesor, el presidente Taft, aceptó que su embajador en México –el siniestro Henry Lane Wilson-- conspirara con los diplomáticos europeos para acelerar el derrocamiento del presidente Francisco I. Madero. Sin embargo, Woodrow Wilson dio un viraje de 180° y forzó a los europeos a hacer lo mismo: a retirar su apoyo al dictador Victoriano Huerta. El presidente

norteamericano, con razón, desconfió de la solución fácil que los europeos proponían al “problema mexicano”: una dictadura militar más. El presidente Wilson, a fin de cuentas un antiguo profesor de ciencia política, deseaba instalar la estabilidad de largo plazo en México superando la etapa de las dictaduras personales y propiciando la creación de instituciones. A la larga, la Revolución Mexicana si crearía instituciones, no precisamente las que Wilson suponía, pero si muy duraderas y efectivas.

Con la guerra fría, Estados Unidos pareció descubrir las ventajas de la política europea en el ancho mundo periférico, y que consistía en confiar un orden interno anticomunista a déspotas y tiranos militares o civiles. La lista de los equivalentes de Victoriano Huerta que fueron sostenidos y legitimados por Washington desde antes pero sobre todo después de la II Guerra, es larga y va de Fulgencio Batista a Suharto, de Trujillo a Mobutu, de Stroessner a Ngo Dim Dien, de Duvalier al Sha de Irán, de Chan Kai Shek a Pinochet, etcétera.

Es verdad que a fin de cuentas la política exterior de Woodrow Wilson no fue consistente, pero al menos tuvo el valor de haber intentado innovar en nombre de grandes principios. Para la época de Truman y Eisenhower ya no quedaba ni rastros de la herencia wilsoniana. Estados Unidos se había europeizado. Frente a la defensa de los intereses de la United Fruit en Guatemala, de las empresas petroleras en Irán o del anticomunismo puro en Corea o Vietnam, todo se valía. Los derechos humanos que las Naciones Unidas se habían comprometido a defender no valían en Washington más de lo que valían en Londres, Moscú o Pekín, es decir, apenas el papel en que estaba escrita la declaración correspondiente. Los años que siguieron no modificaron mucho las cosas, aunque bajo la presidencia de James Carter se intentó dar al

anticomunismo una justificación relacionada con la defensa de los derechos humanos.

**El Factor Europeo**.- El hecho de que ningún país europeo sea hoy una gran potencia mundial y que la única que existe sea Estados Unidos, ha introducido un factor de libertad relativa en el viejo continente en relación a la democracia y los derechos humanos. Así, mientras los países de Europa Occidental condicionaron el ingreso a los procesos de integración económica en marcha a que la Europa del sur -- España, Portugal y Grecia-- destruyeran sus viejas instituciones autoritarias, Estados Unidos no le pidió nada similar al México de Carlos Salinas como condición para aceptarlo en el Tratado de Libre Comercio. Hoy Europa insiste en que un acuerdo de libre comercio con México debe contener la “cláusula democrática”, para Washington esa cláusula es absolutamente irrelevante.

Los defensores de los derechos humanos consideran un gran triunfo la creación en junio de este año de una Corte Internacional de lo Criminal, pero Estados Unidos, junto con países como Libia o Iraq, se negaron a apoyar al nuevo órgano permanente. Desde la perspectiva del Congreso norteamericano, dominado por los republicanos, ningún americano debe ser sujeto de juicio en una corte internacional.

En tiempos recientes, cuando por alguna razón Washington encuentra intolerable la presencia de un dictador militar en América Latina, no recurre a tribunal o corte alguna, simplemente lo quita, como fue el caso de Noriega en Panamá o el de los generales que derrocaron al presidente Aristide en Haití o le deja saber que su tiempo ya se acabó, como le ocurrió a Pinochet. Para Estados Unidos esa es la política adecuada y no la que se está ahora intentando en Europa.

**La Razón**.- La diferencia de actitudes entre Europa y Estados Unidos respecto

de Pinochet y los juicios internacionales en torno al tema de los derechos humanos, se explica, entre otras cosas, porque Washington es ahora centro del sistema mundial de poder y tiene que actuar por las razones y los instrumentos que han actuado siempre las potencias imperiales. Europa, por su parte, ya perdió sus colonias y ha convertido en virtud su impotencia. Ahora puede darse el lujo de dejar que sea Estados Unidos el tome sistemáticamente la iniciativa en los temas problemáticos del orden internacional que requieren del uso de la fuerza, sea parar la ofensiva servia contra los albaneses o meter en cintura a Sadam Hussein, en ambos casos amenazando con bombardear a quien no se deje convencer.

Cada vez más confortable en su notable prosperidad postimperial, Europa se puede permitir jugar el papel de adelantada en materia de moralidad internacional, y dejar que Estados Unidos se mantenga en un papel al que no puede renunciar: el del jugador que debe seguir al pie de la letra las reglas de la milenaria política del poder. La situación se podría interpretar, entre otras cosas, como la venganza tardía de la vieja Europa sobre Woodrow Wilson. Como quiera que sea, desde este lado de los derechos humanos, bienvenido el cambio europeo... mientras dure.